

tuerce la mano), hasta la vista, mi viejo. Vuelve al puesto y envíame a Grandin. (*Theuret lo mira, Rene agrega*): ¡Hasta la vista!... (*Theuret mutis le quiera. Rene va a tomar en los estantes de la biblioteca su casco y su coracete. Mientras se lo coloca, entra Grandin*).

ESCENA XII

RENE, GRANDIN

RENE.—Ayúdame Grandin. No muy hacia atrás. (*Grandin le prende el cinturon*). Así... Gracias...

GRANDIN.—¡Se va a las trincheras, mi teniente?

RENE (sorprendido): ¡Como lo sabes!

GRANDIN.—Eso se adivina.

RENE (indicando la puerta del foso): Vuelve a instalarte de guardia. Y mucho ojo, geh! Es algo peligroso lo que guardas allí. (*mientras habla, toma un bastón de la biblioteca, lo tuerce, lo dejá sobre la mesa y elige otro más sólido*)... Pero no será por mucho tiempo, porque antes del alba el teniente Theuret va a relevarte... Hasta luego, Grandin.

GRANDIN.—Buena suerte, mi teniente. (*Rene mutis derecha. Grandin se instala en la mesa y escribe*):

ESCENA XIII

GRANDIN, luego MARIANA

GRANDIN.—Mi querida mujercita. Dentro de 5 minutos, esto va a arder. Pero esta vez no me toca actuar en escena. Ocuparé un palco cercano... (*Oye un ruido, se interrumpe, entra Mariana por izquierda*). ¡Usted, señora! ¡Qué le pasa? ¡Se ha descompuesto el automóvil?

MARIA.—No. Vuelvo por mi voluntad. Amigo mío, vaya a buscar en seguida al teniente Siredon. Yo se lo ruego.

GRANDIN.—¿Qué? Eso es imposible. Además, usted no puede quedarse aquí. No es el momento.

MARIA.—Lo sé. Va a iniciarse un ataque. El conductor me lo ha confesado. Y es precisamente por eso que le di la orden de regresar.

GRANDIN.—¡La orden!... ¡Qué orden!... Aquí son los oficiales los que dan las órdenes... Le digo que usted no puede permanecer aquí. A lo mejor cae algo gordo y... No es el lugar a propósito, se lo repito.

MARIA.—Y yo le digo que su oficial puso el conductor a mis órdenes. Soy enfermera y no desertare en la hora del combate. Sería vergonzoso. Sin duda habrá heridos. Mi lugar está aquí.

GRANDIN.—¡Yo no quiero saber nada! ¡No hay enfermera que valga!

MARIA.—Amigo mío, se lo suplico, vaya a buscar al señor Siredon.

GRANDIN.—Pero señora, ¡yo no puedo! No sólo estoy de servicio, estoy de guardia. Y aunque así no fuese, yo no iría a buscar al teniente en las trincheras. ¡Bien me recibirían!

MARIA.—¡En las trincheras? ¡El está en las trincheras?

GRANDIN.—Sí, mi señora... Está en las trincheras.

MARIA.—Pero, ¿por qué?... ¿por qué?...

GRANDIN.—¡Ah! Eso no lo sé. No por divertirse, desde luego.

MARIA. (cae en un sillón sollozante). ¡Repé!... ¡Mi René!...

GRANDIN (intrigado): ¡Qué!... ¡Qué es esto? (ella sollozo). ¡Ah!... ¡Esas tenemos! Eseúcheme, señora, ahora ya sabe por qué no puede quedarse aquí. (*Se inclina hacia ella*): ¡No es así! asiente un ruido, se endereza y se cueve violentamente. Heller, vestido con su uniforme alemán, acaba de salir de su prisión y desciende las gradas con lentitud. Grandin se lanza sobre su fusil y cuando lo ha tomado, queda clavado en su sitio por el estupor y la ira).

ESCENA XIV

Dichos. HELLER, después PIGEON. THEURET. COUTURON. Soldados.

GRANDIN.—¡Ah! ¡bochel! ¡Dónde va usted?... ¡Vuelva a entrar!

HELLER (en el medio de la pieza, el torso recto, frente a Mariana, que se ha levantado bruscamente ante la aparición). ¡Ah! ¡Está usted aquí! Llega a propósito.

GRANDIN (furioso, maniobrando la culata de su fusil): Va usted a entrar, ¿sí o no?... ¡Uno!...

HELLER (duramente): ¡Tu consigna, mal soldado!...

GRANDIN.—¡Dos!...